

Santiago de Chile, 14 de Agosto de 1963.

Señor Embajador
Don Pedro Lira Urquieta
R O M A.-

Muy apreciado amigo:

Le agradezco muy de corazón las dos cartas que ha tenido la bondad de enviarme.

Celebro que su viaje de ida en compañía de sus simpáticas hijas fuera con toda felicidad. Especialmente que esté contento con su departamento en Roma. Por diversos conductos he sabido que es muy bueno.

A su llegada a Roma le ha tocado presenciar los dos acontecimientos más grandes que pueden verse en aquella ciudad: la muerte de un Papa y la elección de otro. A mí me tocó hallarme en la muerte de Pío X y en la elección y Coronación de Benedicto XV y, después, en el deceso de Pío XII y elección y Coronación de Juan XXIII, y de ambos casos conservo un recuerdo imborrable. Creo que igual cosa le ha de suceder a Ud. En Chile la muerte de Juan XXIII tuvo una repercusión inmensa como jamás la había visto para nadie. La elección de Paulo VI aunque esperada por muchos, cayó como un poco de sorpresa, pero ha sido recibida muy bien, pues sus cualidades y virtudes eran bastante conocidas por su actuación en la Secretaría de Estado y en el Arzobispado de Milán. Hay grandes esperanzas con él para bien de la Iglesia y del mundo.

De su presentación de credenciales ha informado toda la prensa del país y han dado varias fotografías del acto en que Ud. y miembros de la Embajada aparecen muy bien. Yo me alegro mucho de que el nuevo Papa haya sido con Ud. tan atento y afectuoso como me dice. Yo le conozco y he tenido oportunidad de conversar en varias ocasiones con él y tengo la mejor impresión de su personalidad. Quiera Dios que sea gran Papa en medio de este mundo moderno tan lleno de contradicciones, temores y esperanzas a la vez.

Como me dice en su carta, en realidad, renuncié al Arzobispado de Concepción después que en Diciembre último, al término del primer período del Concilio, me impuse que

la Santa Sede deseaba que no dejara el rectorado de la Universidad Católica. En tal situación no me quedaba sino que renunciar al Arzobispado penquista, ya que después de 10 años de mantener los dos cargos con inmenso sacrificio, veía muy claramente que para uno u otro cargo era perjudicial, que continuara desempeñándolos simultáneamente. Al aceptarme la renuncia Juan XXIII, además de mandarme en obsequio una hermosa cruz pectoral con su escudo, me dejó como miembro de la Conferencia Episcopal Chilena, con todos los derechos en ella de Arzobispo Metropolitano. Lo que significa que continúo perteneciendo a la Asamblea Plenaria del Episcopado y al Comité Permanente Episcopal. Mucho honor, sin duda, para mí, pero que jamás ni remotamente lo he insinuado siquiera, pues es un honor que sé que traerá consigo únicamente sinsabores ya que, por desgracia, no todo es paz en la Asamblea ni en el Comité.

En la Universidad no sé cuanto tiempo más podré mantenerme. Hay en ella un ambiente que me produce profunda inquietud y temores. Es la política puramente partidista y, por tanto, contingente que pecha cada día más para penetrar en la dirección y orientación de la Universidad. Esto sucede aunque de mi parte, como siempre, procuro mantenerme fuera y sobre toda política partidista. Creo que el bien y prestigio de la Universidad lo exigen. Pero la oposición a tal posición se hace sentir desde muchos ángulos dentro, y sobre todo, fuera de la Universidad. Especialmente en estos momentos en que ya el ambiente comienza a caldearse con la futura elección presidencial.

Nuestro Nuncio está impuesto de todo -y de todo lo que se refiere a los problemas de la Iglesia en Chile- y he encontrado y encuentro en él, gracias a Dios, suma comprensión y apoyo. A mi modesto parecer, el actual Nuncio, más y mejor que otros, ha captado la situación de la Iglesia y del catolicismo en Chile en su verdadera realidad. Procede con resolución, pero con gran reserva y prudencia. Y se ve que en todo es un hombre de Dios.

Los nombramientos de Monseñor Sánchez para Concepción, y Monseñor Castro para San Felipe creo que en la mayoría del Episcopado, clero y fieles han caído bien. Lo mismo el de Monseñor Valle para Auxiliar de Iquique, aunque en Santiago es poco conocido. Pertenece a La Serena y allí ha vivido siempre. Era Vicario General de Monseñor Cifuentes.

///...

Termino esta ya larga carta con muy afectuosos saludos y recuerdos para Ud. y sus hijas, en nombre propio y del Consejo Superior en donde a menudo le recordamos con mucho cariño y le echamos de menos. En su Facultad igualmente. Saludos a Antonio Rodríguez y Mariano Fontecilla, señoras e hijos.

Su muy afectísimo amigo que le desea bienestar y éxito en su importante misión diplomática.

+ALFREDO SILVA SANTIAGO
Arzobispo-Rector de la Universidad
Católica de Chile